

POESÍA CROATA CONTEMPORÁNEA

CRISTIAN GOMEZ O.

No es fácil comentar una antología como ésta. Varios –y nada simples– son los desafíos que ella nos plantea, como por ejemplo el que la lectura de este volumen no está “interferida” por un aparato crítico que nos acercase previamente a una tradición literaria como es la de Croacia. A ello hacen referencia en el prólogo los antologadores, Zeljka Lovrencic y Andrés Morales Milohnic, cuando señalan que las lecturas principales de la poesía europea hechas en nuestro continente pasan por las lenguas italiana, francesa, alemana, inglesa, rusa o española.

Hacer, entonces, una antología de la poesía croata contemporánea –y comentarla– es a todas luces una aventura, una hermosa aventura que ha escogido como criterio principal para efectuar su selección el de la calidad antes que el de la cantidad. Las antologías, por cierto, viven el mismo mal que los hospitales psiquiátricos: no son todos los que están ni están todos los que son; no obstante, es de agradecer que este libro no se transformase en una larga lista de nombres con sólo uno o dos poemas debajo de ellos que poco o nada dijeran a los lectores más curiosos. Por el contrario, los cinco poetas seleccionados (Maja Gjerek-Lovrekovic, Vesna Parun, Milivoj Slavicek, Drago Stambuk y Ante Zmajec) aparecen con un número considerable de poemas a su haber. Todos nacidos en este siglo, todos diferentes entre sí, unidos sin embargo por el estigma indeseable de la guerra, de la cual –al decir de los mismos antologadores– no entendemos nada.

Pero es también de agradecer, nuevamente, que esta antología no sólo giró en torno al conflicto bélico acaecido en los últimos años, sino que demuestre el buen tino de acercarse a la enjundiosa diversidad que se desprende de la lectura de esta antología de poesía croata contemporánea. Desde los poemas de Ante Zmajec que giran en torno a la geografía de Chile al tono épico que a veces asume Drago Stambuk, este libro nos revela en el mundo dramáticamente existencial de Vesna Parun y Milivoj Slavicek, en el retrato intimista de Maja Gjerek-Lovrekovic, una eterogeneidad que trasciende el espectáculo triste y noticioso de los últimos lustros en los Balcanes.

Pero es aquí, precisamente, donde enfrentamos uno de los mayores “desafíos” a los que hacía mención en un comienzo: lo que nosotros leemos –salvo aquellos que dominan el idioma croata– no es más que una traducción, una versión del original, por muy lograda que sea ésta. El problema reside, entonces, en que nuestra lectura se basa en una interpretación de las fuentes, en una comprensión mediatizada. Aun así recordando lo que dijo Sábato, habría que señalar que las grandes obras resisten el peso de una traducción. Agregar, asimismo, que desde el punto de vista del autor de estas líneas, desde su particular gusto literario (criterio siempre presente en este tipo de reseñas, aunque no siempre reconocido), la poesía en este caso se sobrepone a cualquier distancia geográfica o idiomática.

Y, por otro lado, esta antología, quiérase o no, se ve envuelta con su sola publicación en un problema de política cultural, porque este libro está destinado –junto con otros– a poner en cuestión nuestras siempre dudosas estrategias de canonización, en especial lo que hasta ahora hemos entendido bajo el rótulo de “poesía europea contemporánea”. En el modelo agonístico propuesto por Harold Bloom en su ya famoso *El canon occidental* (donde cada escritor se “mide” con los otros en una especie de contienda literaria que responde a la comparación de *más que, igual que o menos que*, cuya meta no es otra que la sobrevivencia

histórica o, lo que es lo mismo, su ingreso al canon), más de alguno de los antologados podría pararse de igua a igual con muchos de los que hoy consideramos como los verdaderos clásicos modernos de la literatura del así llamado “Viejo” continente.

El caso particular de las literaturas balcánicas es, podría decirse así, más que un fin en sí mismo, un comienzo en el largo camino de la destrucción de nuestras a veces odiosas certidumbres. Por ejemplo, el siglo XX portugués se ha reducido prácticamente a Pessoa —de manera tardía— y Saramago; Mario Sá-Carneiro, Antonio Lobos y otros autores de tanta o igual trascendencia son perfectos desconocidos. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo importante es dejar constancia de que el territorio por explorar es amplio. Y esta exploración nos recuerda un elemento importante —por no decir clave— en la conformación de nuestros precarios olimpos literarios, elemento que no por repetido ha perdido su importancia. Me refiero, por supuesto, al factor histórico que una y otra vez ha condicionado esta clase de estructuras, factor que incluso el mismo Bloom reconoce como una de las situaciones ineludibles que favorecen o no la suerte de un escritor. El ejemplo archiconocido de la “rehabilitación” de Góngora por parte de la generación del '27, sería sólo una de tantas otras pruebas que aquí se podrían aportar a la causa. No se trata, para prevenirnos de cualquier buena o mala conciencia, de impulsar una ampliación del canon europeo en nombre de la paz internacional, la igualdad de todos los pueblos o cualquier otra causa noble y respetable; se trata, simplemente, de reivindicar todo un discurso colectivo que por distintas razones, que exceden los breves marcos de esta reseña, ha sido elidido de nuestro conocimiento y que ciertamente consta a plenitud de todas las virtudes estéticas para que de una vez por todas nos pongamos al día en su conocimiento y disfrute. La literatura croata, por su parte, ha llegado hasta nuestros oídos teñida lamentablemente de una sombra enlutada, acicateada por el triste impulso de la guerra, pero con una fuerza indisimulable que de seguro tendrá que modificar nuestros acercamientos a la literatura europea, a la cual, desde ahora en adelante, creo que desde hace mucho tiempo tendremos que referirnos como “las literaturas europeas”.